

Santiago Solano Grande

Desde el reino de Tloha

OBRA COMPLETA



Santiago Solano Grande

Desde el reino de Tloha



Obra Completa



Datos legales



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2018 DESDE EL REINO DE TLOHA - Obra Completa-

© de los textos, Santiago Solano
© Fotografía de portada, Santiago Solano
© Diseño portada, Santiago Solano

Directora de la colección: Carmen Fabre

© 2018 Editorial: ACCI ediciones -
Asociación cultural y científica iberoamericana
C/ San Ildefonso, 17 28012 Madrid. España
Web: www.accediciones.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-17519-73-5

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

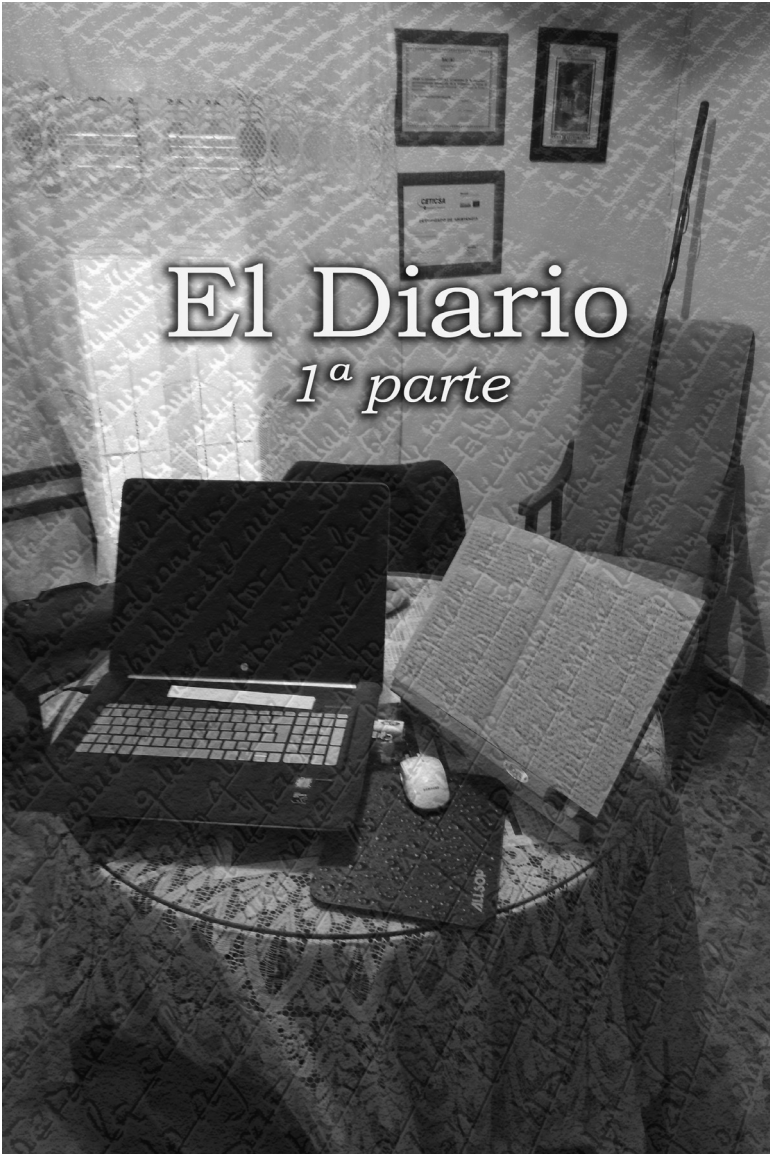
Disponible en papel y ebook
www.vnetlibrerias.com
www.visionnet-libros.com

Índice de contenidos

Título	Pág.
El Diario 1ª Parte.....	6
El libro rojo.....	22
El Diario 2ª Parte.....	58
Personalidades Sonámbulas	73
El Diario 3ª Parte.....	166
Destino Final.....	181
El Diario 4ª Parte.....	259
Muleta y viento	276
El Diario 5ª Parte.....	305
Olía a traición y soledad.....	320
El Diario 6ª Parte.....	370
Lienzos del pasado.....	385
El Diario 7ª Parte.....	458
La sombra de la casa.....	473
El Diario 8ª Parte.....	510
Flor de acebos y otros cuentos	525
El Diario 9ª Parte.....	691
Tratado de la belleza moribunda	706
El Diario y 10	765
El autobús 538.....	810
Otros Diarios I.....	1084
El último tercio del crepúsculo.....	1103
Puntos de Red II.....	1203
El yo digital de Elías Quimey	1218
Y Puntos de Red III.....	1431
101 Cookies -memorias de un pastelero -.....	1452

A mi esposa

Elena de Torres



24/10/2017

Montepríncipe

No sé por dónde empezar. Así que diré que no me nacaba de convencer este lápiz. Apenas veo lo que escribo, y mira que le he dicho a la dependienta que quería una mina que manchara mucho. El papel tiene la aspereza del cartón, y esa tonalidad sucio amarronada de muchos días a la intemperie también. Quizás sea eso. No me siento cómodo; aunque parece que ya todo va mejor. Poco a poco los ojos se van adaptando, o el lápiz, que aprieto fuerte ahora, que tiñe el papel con más oscuridad. Bueno. A mi izquierda, sobre la mesa blanca, está el teclado del ordenador. A mi derecha, sobre la alfombrilla — AFGANISTAN ASPFOR XXVI — el ratón inalámbrico, también en negro. La alfombrilla es de tela, con flecos, corona real y escudo paracaidista sobre el logo azul de la OTAN. Tengo la luz del techo encendida, y la del flexo, también a la derecha, pegado a la pared. Y el tique de compra de la zona comercial en la que he adquirido este lápiz con el que quiero anotar cuanto pase de aquí en adelante. Es un portaminas de plata de cincuenta euros. Pero ya digo que la mina no mancha, al menos lo que yo quisiera. Así que a lo mejor mañana lo devuelvo. Aunque me empieza a gustar este sonido como de raspadura de una vieja pluma de ganso sobre el papel. Es distinto, muy distinto del de los dedos sobre el teclado, más metálico, más de tiempos industriales, más del presente. Elia está en la sala comedor. Escucho la cuchara sobre la taza, y alguna palabra perdida de su monólogo. Hoy hemos discutido. Siem-

pre que tenemos este tipo de encontronazos me dan ganas de morirme, ni cielo, ni infierno: solo la nada, solo como antes de nacer, solo la dulce inconsciencia. He comprado también este cuaderno con rayas, de casualidad, en una tienda de objetos de regalo baratos. Los he visto y me han venido unas ganas locas de enfrentarme al papel en blanco. Llevo ya mucho tiempo así, sin hacer esto, sin escribir. Tengo todo lo necesario para ello: un buen ordenador, tiempo, una situación económica desahogada. Pero no, pese a ello, no consigo centrarme en la tarea. Al menos ahora lo hago así, para desahogarme. He comprado también un cerdito azul, con ojos blancos, de plástico. Un cerdito que al apretarlo hace el gruñido propio del animal que representa. Un juguete para mi perrita Luna. A ver si le gusta.

La estoy oyendo rezar, en nuestro cuarto. Al principio pensé que hablaba sola y me asusté. Me he acercado al cuarto, y sí, reza, reza en voz alta. La escucho desde aquí, ahora, desde los siete metros que nos separan. Y yo así no puedo escribir. Todo el día en la calle con ella, sin tiempo para el silencio, mi amado silencio, mi amada soledad. Me duele la mano de escribir. Elia ha venido también a decirme que no sabía borrar un mensaje recibido con la aplicación whatsapp. No se da cuenta, pero interrumpe, me corta el hilo de los pensamientos y hasta de lo que escribo; me descentra, en definitiva. No sé.

Es ya de madrugada, ya miércoles. He decidido manuscibir, al menos, la cara de una hoja de este cuaderno tamaño folio cada día, por aquello de ir retomando la costumbre del nulla dies sine linea. Elia ronca. Yo tengo los ojos cansados; pero hay silencio, un afable silencio que me alimenta. Elia tose al otro lado de la pared. He terminado la tarea de dar de alta en La Red Social de LEO¹ las solicitudes de incorporación a este nuevo espacio de discusión que ofrecemos a nuestros

¹ LEO= Lectoescritores en Ofset.

Dirección web en <http://www.escritores-en-red.es>

socios. También de borrar en la hoja excel las direcciones de correo de aquellos usuarios de RIO² a quienes no les ha llegado mi misiva como presidente de LEO. Les informo en ella que estamos procediendo a la absorción de RIO y que tienen un año para pasarse a la nueva plataforma.

Esto es un lío mayúsculo. Debo de ser tonto profundo porque llevo diez años intentando demostrar que es posible hacer literatura en La Red, y siempre llevo a ninguna parte, repitiendo siempre los mismos movimientos y esperando resultados distintos. Tonto no sé, pero simple desde luego que sí. Estoy solo en esto también. Levanto hermosos nichos esperando que algún huésped los use, y no; estupendos y cómodos sillones que nadie utiliza: cero eco social.

Elia se levanta. La oigo ir al baño, abrir la boca, exhalar el sueño, rascarse. Hoy es el primer día de este diario y tengo ganas de escribir. Me preocupa, supongo que como a todos, la situación política. La guerra, esa guerra que vemos por la tele, se acerca. Recuerdo ahora la obra de teatro de Jean Giraudoux, *La guerre de Troie n'aura pas lieu*³. Elia bebe agua. Yo no tengo esperanza en esto. Soy pesimista. Me voy preparando, creo que estoy preparado para morir. Mi vida ha pasado ya. Una vida inútil, perdida en la monotonía que visten los segundos, disuelta en el ruido del paso del tiempo en su marcha nupcial con la nada. La oigo andar por el pasillo, llenándolo todo de sueño.

² RIO=Readers in Offset

Dirección web en: <http://www.netwriters.es>

³ La guerra de Troya no tendrá lugar

25/10/2017

Montepríncipe

Escribo a bolígrafo. He cambiado el lápiz, el portaminas de cincuenta euros por este, también en plata, que me ha salido un poco más económico. Me gustaba mucho el leve sonido de rascado del lápiz. Era como si extrajera las palabras ocultas tras el blanco macilento del papel. Me gusta también este otro rasgueo más blandito del bolígrafo. Ahora voy con Elia al dentista, en cuanto me llame, que se está preparando. Se implantó la parte superior de la boca hace unos seis meses, y hoy se la limpian y se la revisan. El reloj inteligente que llevo en la muñeca me avisa que no le queda carga más que hasta esta noche. Ella ha venido a preguntarme si le olía la boca. Me ha echado el aliento. Me ha descen-trado del todo.

No había churros en la cafetería en la que hemos desayunado. Tengo una leve punzada de ardor en el estómago. La barra de pan tostado con aceite tiene que ser. Anoche apenas dormí, así que tengo mucho sueño y esa sensación de agotamiento de las largas horas de oscuridad en vela. Bueno, a la calle otra vez.

Aprovecho y retomo esto ahora que Elia ha bajado a la peluquería. Se ha vuelto a morder, ahora en el labio. Se le ha inflamado. Hemos comido abajo, en el bar, como de medio lado. Entre la anestesia de la endodoncia y que no llevaba los audífonos, la comida ha sido toda una peripecia llena de anécdotas. Ella subía el volumen de su voz, supongo que para oírse a sí misma.

Le he dicho en varias ocasiones que todo el mundo se estaba enterando de la conversación, que bajara el pitido. Me duele la cabeza. Quizás el vino peleón, quizás el mal cuerpo de la noche. Me quedé escribiendo hasta cerca de las dos. Luego tardé en dormirme. Sobre las tres y media Elia se ha levantado a orinar. El reloj biológico le funciona perfectamente, cada noche. Entre sueños la oigo volver, luego levantarse e ir de acá para allá en la semioscuridad. Hay solo un rastro de luz debajo de la persiana. Me da miedo que tropiece y se caiga. Le digo que es mejor que dé la luz. Elia responde que no, que no hace falta, que se ha vuelto a mojar el pantalón del pijama. La oigo salir de la habitación, encender la luz en el váter. Refunfuña. Me levanto. En el pasillo nos encontramos, los dos en pijama. Le doy un beso, la abrazo. Esto es un rollo, dice ella. Venga, vamos a la cama, le contesto. Elia se duerme enseguida. A mí, en cambio, se me abren los ojos a la vigilia. Me levanto, me siento al ordenador. Navego de acá para allá, hasta las seis y media de la mañana. Sí, esto es un mal rollo, pienso.

26/10/2017

Montepríncipe

Me llama. Este cuaderno me llama a escribir. Ayer por la tarde fui al médico de cabecera. Me estaba quedando sin las pastillas para la ansiedad y la diabetes. Elia, entre tanto, se hizo la manicura. Al volver nos sentamos a ver la televisión, a ver el “*Pasapalabra*”, que le encanta. Nos acostamos pronto. Yo me tomé una pastilla, “*Dormidina*”, para ayudar al cuerpo a relajarse.

Elia, ahora, se prepara para bajar a desayunar, mientras escribo, y para ir a la limpieza del cutis. Hace bien, que se había abandonado mucho. A veces su aspecto me recuerda la vieja foto de mi madre, de cuando murió mi abuela y mi padre se fue a las minas buscando un futuro mejor y ella se quedó sola en Extremadura, conmigo de cinco meses. En aquella foto mi madre tiene el aspecto de quien va sacando de los adentros del alma la dejadez y el sufrimiento y los saca a flor de piel, para que todos los vean. Así Elia ahora. Parece como que esta vida fuera para cada uno de nosotros el ir padeciendo, o sintiendo, las mismas cosas.

Ella me interrumpe con un “tengo frío”. Le digo que se abrigue mientras sigo escribiendo. Me duelen los dedos de apretar el bolígrafo, de mover la mano para dejar las palabras sobre el cuaderno. La falta de costumbre, desde luego. La imagen que se me viene a la cabeza, si cambiamos dolor por sangre, es que los dedos van dejando sobre el papel un reguero de sangre en forma de diminutas moscas muertas. Nada más cierto. Escribir

es siempre un acto de dolor: la expulsión del terror que anida en lo más profundo del ser. No puedo por menos de sonreír cuando escribo esto. No sé por qué. Me parece poética, incluso romántica, esta imagen del escritor desangrándose. Elia ya casi está.

La he acompañado al autobús, tras el desayuno. Me lo ha agradecido mucho. A ver si sé llegar, ha dicho, que hace ya cuatro meses que no voy. Luego me he acercado a la papelería del barrio y he comprado este portaminas de "*Milan*", de 1.3, que es más grueso, para no juntar los dedos tanto a la hora de escribir; y que la mina mancha más, y la letra se ve mucho mejor, que es lo que me gusta. Es todo de plástico, en colores rosados. Para llamar la atención de los niños, pienso.

Lo importante es estar a gusto cuando se escribe. Al menos para mí. Me vuelve a doler la mano. Ahora voy a la farmacia, a recoger una caja de "*Citalopram*", que dejé pagada ayer.

27/10/2017

El Otero

Ayer, mientras en el Senado se conjuraba el artículo Ciento cincuenta y cinco contra los lenguaraces de Cataluña, y en Cataluña se hablaba de lo mismo que se lleva hablando desde hace mucho, demasiado tiempo, de si me separo o no me separo, de si guerra o no guerra en el fondo, nos vinimos al pueblo. Había bastante tráfico y le echamos dos horas de viaje a los ochenta y cinco kilómetros que separan ambos puntos.

Nos abrió la puerta Lucas, que estaba esperándonos, o de vigilante de la calle, no me atrevo a decir de centinela y mucho menos de cotilla, aunque lo he pillado más de una vez en esa tesitura. Luna, la perrita, estaba loca de alegría, movía el rabo a velocidad supersónica y el corazón le latía deprisa, muy deprisa, como si hubiera llegado alguien importante, como si estuviera sucediendo en su vida algo excepcional. Sus ojos miraban, me miraban con esa expresión beatífica de los vestidores de santos.

Son las ocho y veinticinco y tengo que llevar a Lucas a Santa Olalla, que tiene que ir a Madrid al médico. Posiblemente se venga esta tarde con Anxo y con Laia, en el viejo mercedes. Escribo en la mesa que me hiciera el fallecido Anxo el Joven para que instalara mi ordenador, zona de trabajo y descanso a la vez, a la luz de una lámpara con tres puntos como tres amarillentas estrellas lejanas. El reloj de la iglesia acaba de dar y media.

Vuelvo de Santa Olalla y subo a verla. Duerme a pierna suelta. Son más allá de las nueve y media de la mañana de este día soleado. Levanto la persiana y la luz entra a borbotones. Me acerco a ella. Le soplo con suavidad en el rostro, con todo el amor del que soy capaz de expeler, intentando producir en su piel el roce de un algodón, o de una caricia olvidada, como hizo Tarzán —Johnni Weismuller— con Jaen —Maurenn O'Sullivan— en una de las entregas de la serie.

Elia abre los ojos. ¡Ya has venido!, dice. Y los vuelve a cerrar. Le contesto que sí. ¿Y el niño?, pregunta. Me saltan todas las alarmas por dentro. ¿Qué niño?, le pregunto yo a mi vez; y me reservo el pensamiento: si nunca tuvimos hijos. El pequeño, responde Elia. Yo le sonrío, tontamente, aunque tenga los ojos cerrados. Le doy un beso en la frente, un beso de padre, y de hermano, y de esposo enamorado, todo a la vez. Estás dormida, le digo. Elia afirma con la cabeza. Sí, me he dormido, y empieza a incorporarse.

Petra sigue abajo, con su viejo y desteñido batín color vino, sus zapatillas de felpa, mirando por el ventanuco de la puerta falsa si han abierto la puerta de la iglesia, como Lucas, ayer, de vigilante, o de centinela, o de cotta. Luna, la perrita, está como siempre está conmigo, muy cariñosa, no en vano me ocupo de ella por entero cuando vengo, no en vano soy el único que la acaricia, le habla quedo en los atardeceres, la coge en su regazo, como a un bebé. Me quiere y yo a ella. Así que vamos a dar un paseo.

28/10/2017

El Otero

Acabo de venir de la compra, del supermercado de Santa Olalla. He hablado con mi cuñada Laia de las comidas para hoy sábado y mañana domingo. Ella y yo llevamos la cocina de esta casona en la que vive con cuatro de sus hermanos. Hoy comeremos los restos de otros días. Mañana, para la comida prepararé unos guisantes a la marinera, que gustan mucho, y de segundo unas hamburguesas de pollo con espárragos trigueros a la plancha. He puesto en el Diario de LEO un texto breve denunciando, o advirtiéndolo, o confirmando los peores augurios para con esta situación en Cataluña.

Elia me ha abrazado, como si hiciera una eternidad que no nos viéramos. Me ha preguntado si le había traído los caramelos con vitamina C que me había pedido. Yo le he contestado que era un poco como Luna, la perrita, que se me sube a la cintura solo por ver si le traigo algo de comer. Ella se ha reído. Le he dado los caramelos y me he venido a escribir. He sonreído, ¿iqué otra cosa puedo hacer!?

Elia es una niña, una niña grande, cada vez más niña, cada vez más mayor. Ahora necesita ayuda en donde antes no. Al tender la ropa, con el teléfono móvil, las llaves, el bono bus. Extravía las cosas de primera necesidad, etc., y se pasa luego largo rato buscándolas. Esas pequeñas cosas que todos hacemos en automático, cada día le cuestan más. Cada día depende más de mí. Y yo

me descentro y tardo un rato cada vez más largo en volver a centrarme en lo que escribo.

El paseíto con Luna, la perrita, ayer por la tarde, bien. La solté nada más entrar en el camino de tierra y estuvo pendiente de mí hasta más allá de los dos kilómetros. Luego vino a pedirme permiso para ir de caza y le dije que no, que se ciega, y termina por no hacerme ni caso. El instinto cazador está muy presente en ella.

Por la tarde me acerqué a Santa Olalla, al cine, a ver una de la factoría Marvel. Películas que te distraen. Como todo, o casi todo el cine americano: muy buenos efectos especiales. Las palomitas, la Coca-Cola, la tarde que pasa.

29/10/2017

El Otero

Hoy estrenamos el horario de invierno. Hemos dormido una hora más. He cogido un poco de peso, como tres kilos, y la glucosa estaba un pelín alta. Los vaivenes del deber. ¡Cuánto nos cuesta aquello que hemos de hacer por obligación, o por prescripción médica! Así que sin desayunar, solo con el zumo de naranja y las pastillas, me he echado al camino. Me he llevado a Luna, la perrita, que se ha venido encantada, no como Elia, que le daba mucha pereza y se ha quedado en la cama. En la caminata he rezado el rosario, los misterios gloriosos, que es domingo...

Bajo a la carrera, a la cocina, que tengo puestos unos guisantes a la marinera al fuego, no vaya a ser que se me estropeen, que en cuanto te descuidas, zas, se te pega, o se te chamusca, o algo peor, que se incendie la sartén, por ejemplo. Mientras los mareo con la cuchara de palo, y los pruebo con la de metal, la muchacha que asiste al Tío Jess me dice que el anciano tiene algo en los pies, como una úlcera, de tanto estar en la cama. El Tío Jess tiene cien años. Es cosa frecuente que las personas mayores se llaguen, la cama en exceso, o en cantidades desorbitadas, nunca es buena. A renglón seguido ha entrado en la cocina Petra, la mayor de las tres hermanas. Creí que era paella, pero ya veo que no, me voy a hacer mi comida, dice. Petra padece algunos problemas en su vida que la tienen siempre instalada en el cabreo continuo. Uno de ellos es ese precisamente, la comida. No

le gusta nada que contenga verduras, y siempre quiere saber exactamente lo que lleva cada guiso. Solo come sin cierta dosis de asco aquello que se ha cocinado ella misma. Las sopas de ajo, las patatas en cualquiera de sus variantes, si se ven que son patatas desde luego, y si hervidas, con una zanahoria que no se come nunca, y un par de cucharadas de aceite. Los huevos fritos, le encantan, y el jamón solo lo magro, el tocino ni olerlo. He salido al cuarto de baño, que las pastillas para la glucosa, a veces me descomponen el cuerpo: el caso presente. Elia estaba en el lavabo de al lado, hablando sola. No con un interlocutor ficticio, si no diciéndose a sí misma lo que iba o no iba a hacer. Los audífonos que se ha puesto la ayudan a no aislarse, a enterarse del mundo que la rodea, a seguir en él; pero tienen este inconveniente, que cuando se los quita, como necesita decir lo que va a hacer, y oírse, para ponerse a ello, pues eso, que parece que hablara sola, que estuviera un poco ida...

Nada más sentarme a escribir de nuevo, ha venido a preguntarme si estoy preparado para la misa. Le he dicho que no. Elia ha mirado el reloj. Sí, es pronto, son las once y cuarto todavía, ha dicho. La misa es a las doce, una misa con niños, con todos los catequistas, con los padres, etc. Luego a comer. Me queda freír las hamburguesas de pollo.

30/10/2017

Montepríncipe

Me he traído el guarrito de plástico azul que compré para la perrita Luna. A mí me gusta. Es suave al tacto y si le aprietas lanza un gemido como de cerdito lechón. Los ojos que le han pintado, blanco sobre azul, negro sobre blanco, le dan una expresión de felicidad que yo envidio. Pareciera que ríe pese a la que está cayendo. Anoche en la tele, en las noticias, vimos las balsas neumáticas de gente de color huyendo de la guerra y el hambre, esa misma guerra y esa misma hambre que algunos quieren instalar aquí, en nuestra tierra. También a los niños desnutridos de la crueldad humana de Siria. Eso es el horror. Eso es el género humano, nosotros, yo que escribo y tú que lees también, una bestia, una alimaña, un virus que lo va devastando todo...

Ayer Elia se quejaba de un dolor fuerte en el brazo derecho. Le puse calor con una mini manta eléctrica que tengo yo para mis cervicales. Hoy se encuentra mejor, dice que ya no lo nota casi. Ahora está desayunando. Ha puesto una lavadora ya. Es su especialidad. Se siente bien haciendo algo. Y esto la anima. He preparado café y tostada en la idea de desayunar juntos. Pero ella se ha liado con esas mil millones de cosas que la distraen y al final, por no comerlo frío, he desayunado solo y templado...

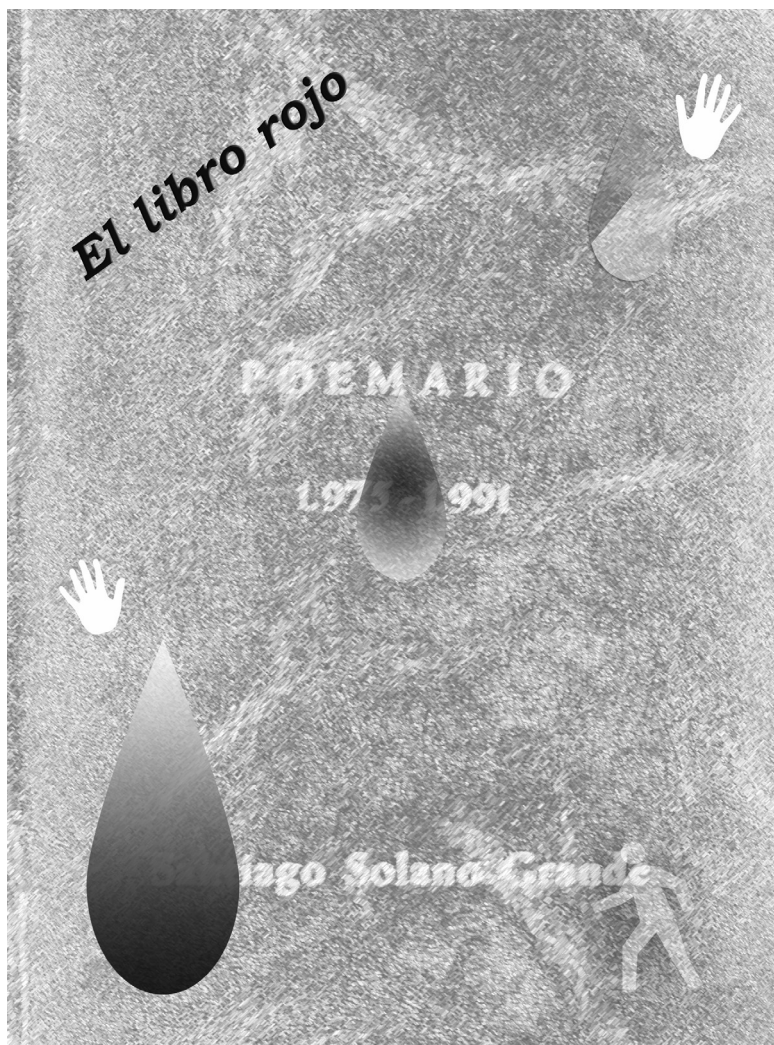
Hoy espero que nos traigan los lápices de memoria de ocho gigas, —acabados en madera grabada con el lo-

gotipo de LEO— que hemos preparado por esto de que celebramos el décimo aniversario de la fundación de la asociación... Así que toca quedarse en casa. Tendré que salir a por el primer plato de la comida, que el segundo me lo traje del pueblo: las hamburguesas de pollo...

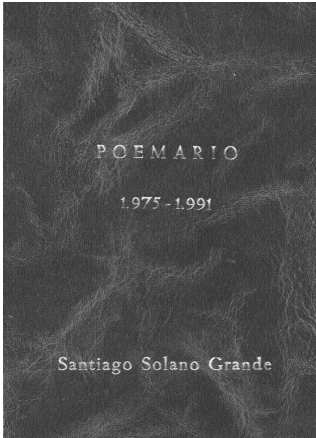
El curso de escritura creativa que imparto en La Red, sencillamente no va. A veces le dan ganas a uno de mandarlo todo a la mierda. Así como el Diario de LEO, que lleva ya más de una semana sin que nadie suba contenidos. No es que yo esté deprimido y lo vea por el lado negativo. Es que no hay escritores en Red, es todo un sueño mío, un encabezonamiento mío, al que se han unido otros, cada cual con sus intereses ajenos al medio, cada cual con sus viejos egos de escritor magister, que es propio del espacio en papel, no así del espacio internaútico...

Diez años después todo sigue igual, estamos en el mismo punto de partida. Es cierto que la interfaz ha cambiado mucho y a mejor, pero yo siento que toda La Red Literaria son solo hermosas casillas vacías de contenido, o espectaculares escaparates de lo literario que ocurre en otro sitio, en otro ámbito, en papel, en la vida real, como si La Red solo fuera un espejo en el que se mira la Humanidad, no ese ágora universal de conocimiento que algunos veíamos en ella.

Levanto la vista a la estantería. Hermosos libros cerrados, pienso. Entre todos, no sé por qué, sobresale uno. Me levanto. Curioso, es de mi autoría. Lo abro. Leo despacio, tan despacio que tardo tres días en terminarlo.



*Escenario histórico
Año 1975⁴*



La Transición Española es el período de la historia contemporánea de España en el que se llevó a cabo el proceso por el que el país dejó atrás el régimen dictatorial del general Francisco Franco y pasó a regirse por una Constitución que restauraba la España democrática. Dicha fase constituye la primera etapa del reinado de Juan Carlos I.

Existe cierto consenso en situar el inicio de la transición en la muerte del general Franco, el 20 de noviembre de 1975, tras la cual el denominado Consejo de Regencia asumió, de forma transitoria, las funciones de la jefatura del Estado hasta el 22 de noviembre, fecha en la que fue proclamado rey ante las Cortes y el Consejo del Reino Juan Carlos I de Borbón, que había sido designado seis años antes por Franco como su sucesor «a título de rey».

El rey confirmó en su puesto al presidente del Gobierno del régimen franquista, Carlos Arias Navarro. No obstante, pronto se manifestaría la dificultad de llevar a cabo reformas políticas bajo su gobierno, lo que produciría un distanciamiento cada vez mayor entre Arias Navarro y Juan Carlos I. Finalmente el rey le exigió la dimisión el 1 de julio de 1976 y Arias Navarro se la presentó. Le sustituyó Adolfo Suárez, quien se encargaría de entablar las conversaciones con los principales líderes de los diferentes partidos políticos de la oposición

⁴ Fuente de datos:

https://es.wikipedia.org/wiki/Transici%C3%B3n_esp%C3%B1ola

democrática y fuerzas sociales, más o menos legales o toleradas, de cara a instaurar un régimen democrático en España.

El camino utilizado fue la elaboración de una nueva Ley Fundamental, la octava, la Ley para la Reforma Política que, no sin tensiones, fue finalmente aprobada por las Cortes franquistas y sometida a referéndum el día 15 de diciembre de 1976. Como consecuencia de su aprobación por el pueblo español, esta ley se promulgó el 4 de enero de 1977. Esta norma contenía la derogación tácita del sistema político franquista en solo cinco artículos y una convocatoria de elecciones democráticas.

Las elecciones se celebraron finalmente el día 15 de junio de 1977. Eran las primeras desde la Guerra Civil. La coalición Unión de Centro Democrático (UCD), liderada por Adolfo Suárez, resultó la candidatura más votada aunque no alcanzó la mayoría absoluta y fue la encargada de formar gobierno. A partir de ese momento comenzó el proceso de construcción de la democracia en España y de la redacción de una nueva constitución. El 6 de diciembre de 1978 se ratificó en referéndum la Constitución española con el 87,78 por cien de votos favorables, que representaban el 58,97 por cien del censo electoral, entrando en vigor el 29 de diciembre.

A principios de 1981 dimitió Adolfo Suárez debido, entre otras razones, al distanciamiento con el monarca y a las presiones internas de su partido. Durante la celebración de la votación en el Congreso de los Diputados para elegir como sucesor a Leopoldo Calvo-Sotelo (UCD) se produjo el golpe de Estado dirigido por el teniente coronel Antonio Tejero, el general Alfonso Armada y el teniente general Jaime Miláns del Bosch, entre otros. El golpe, conocido como 23-F, fracasó.

Las tensiones internas de UCD provocarían prontamente su desintegración a lo largo de 1981 y 1982, llegando finalmente a disolverse en 1983. El segmento democristiano terminaría integrándose en Alianza Popular, pasando así a ocupar la franja del centro-derecha. Por otro lado, los miembros más cercanos a la socialdemocracia se unirían a las filas del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Mientras, el ex presidente Suárez y un grupo de disidentes de UCD iniciaron un nue-

vo proyecto político centrista que mantendría representación parlamentaria en el Congreso hasta las elecciones de 1993, el Centro Democrático y Social.

El PSOE sucedió a la UCD tras obtener la mayoría absoluta en los comicios del 82, ocupando 202 de los 350 escaños, y comenzando así la segunda legislatura democrática. Por primera vez desde las elecciones generales de 1936, un partido considerado de izquierdas o progresista iba a formar gobierno. La mayoría de los historiadores sitúan en este acontecimiento el final de la Transición, aunque alguno lo prolonga al 1 de enero de 1986, cuando se produjo la entrada de España en la Comunidad Europea.

Durante la transición tuvieron lugar varios centenares de muertes, tanto a manos de grupos terroristas de extrema izquierda, principalmente Euskadi Ta Askatasuna (ETA) y los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), como por ataques de grupos terroristas de extrema derecha; otros perecieron a causa de la intervención de las fuerzas del orden público. Las investigaciones al respecto sitúan el número de víctimas mortales en un intervalo de 500 a 700 personas (entre 1975 y los primeros años de la década de los 80), la inmensa mayoría fruto de atentados terroristas, destacando la banda armada ETA, que fue directamente responsable de bastante más de la mitad de las muertes.

Oviedo, septiembre 1975

Hijos de un fusil azul descargado de tumbas, sin ataúdes ya y lleno, completamente imputado de cuerpos de cósmico hielo. Hijos del azul resplandor de una ciudad que aún suena las horas, que aún se alumbra, que se levanta aún sobre los muertos vivos, sobre los hombros oliendo a pies sudados.

Un fusil azul. Una ciudad azul.

Y nosotros, hijos de esta putrefacta situación, reconociendo la sed de sangre, olemos a tierra pisada de todos, todos, todos.

Todos son azules.

Así nosotros, los incoloros, los verdaderamente incoloros, los numéricos.

Oviedo, diciembre 1975

Ayer dormía y hoy ella es tan alta, está tan crecida de verde, rojo, sangre, que es infinita. La distancia es tan “escorpión-escarabajo” como una bombilla negra y azul. El color es único. Una canción pisa, mata, come, salta, roba, gasta, se emborracha, habla francés como el galgo tras la liebre. Billetes. Montón de mierda. Chiste roto. Muchos billetes, llaves, libros, cenicero, pájaro, mesilla; no sé. Hoy con el sol luciendo, la tormenta arrecia con su agua fría, congelada más bien. Todo es igual: muerte.

¡Ay! Me duele algo y no sé lo que es. La antena, ¡qué quieta está! El humo se ha extinguido. Solo dormir eternamente la muerte. ¡Quiero morir de una vez! Maldito Dios, mátame. No muchas más mis heridas de sangre. Morir o dormir. Dormir años, siglos, hasta que tú hayas muerto.

Soledad negra, para pensar infinito de ti.

Repasar tus labios, tus ojos, tu piel negra; recrear historias, miradas, muros enteros.

Lágrimas, alegrías, alegrías, lágrimas. Hay un lago de lágrimas, un mar, un océano, un infinito. Todo es igual. Mierda me pasaría diciendo una vida entera. Mierda ya es todo, tus labios, tus ojos, tu voz, las lágrimas: morir, dormir, no sentirte clavada en mi mente.

Más una piedra que pensar. Suspiro profundamente. ¡No ha salido!

Perdón, me he parado a desenganchar la cinta de la máquina de escribir que se había quedado trabada un instante.

No se va. ¡Por Dios, sacadme esta espina!

Los Barredos, marzo 1976

Soy un mal poeta. Lo siento por aquellos que me lean. Solo encontraréis llanto, nunca promesas, siempre desesperación, siempre desgarró. Y es que soy un mal poeta. Solo canto, compongo, todo es igual, para salir de la bruma, soltar un poco de muerte, de esa lenta y fecunda que se apodera de mi mente. Mi rostro de amargura hoy podéis pensar que es de esperanza. Desconfiad. No lo es. Es tanta la helada que el mundo me ha dejado, la falta de ilusión; que ya la vida es amargura larga, intensa, dominando el corazón, mi ser, mi cerebro. Mi alma hoy tendría que sonreír, dormir, El amor confesado ya parece decir sí. Pero no hay nada claro, nada hemos confirmado ni yo ni ella. Admitir algo volátil, confuso bosque de espeso blanco, es de morir querer dejar. ¿Y quién no quiere este mundo? Yo sí, lo quiero, lo sufro; pero te amo. Y quisiera cambiarte porque todos somos uno, un mismo desgarró, un lamento. Es la vida. Eres feliz un instante, un momento, mientras sientes sus besos ingenuos mimarte. ¡Qué risa me dan los que se dicen felices sueños! Un instante. Lo demás ir cayendo lentamente en el sendero de la muerte. Por eso soy mal poeta. Cuando amo mi amor, cuando delante lo poseo, una ráfaga completa de hielo me pregunta:

—¿Y si un día la pierdes?

Por eso amigo, mal, muy, soy poeta.

Infiesto, agosto 1976

Sepultura, cenicero: dos expresiones en una. Plantado en la tierra lo dejaron de dinero, en el ataúd, rodeado. Y los bichos comieron su rostro blanco.

Sepultura, cenicero: palabras del brazo juntas. En su estómago muere el cigarro normalmente, sus entrañas negras, blanco como los muertos: pulmones quemados.

Sepultura, cenicero; dos términos con sutura. Muerte a tu fosa. La tuya, cigarro, en mi escritorio descansa, a mi lado; y la otra, se unen en este lazo.

Sepultura, cenicero; palabras de la mano: una. En mi mesa el cenicero, la muerte, la sepultura.

Expreso Costa Verde, septiembre 1979

Así vivo: los ojos clavados en la ventanilla de este tren que me aleja de ti, mi amor. Los ojos del corazón soñando distancias rotas para volver, mi amor, a no soñarte más. Así vivo, medio aquí, medio allá, contigo.

Cáceres, septiembre 1979

Desierto todo, todo como el primer día. Latiendo en la invisible dimensión, solo el recuerdo, como un sueño o una sensación de vivencia incendiada. Latiendo el comienzo, el transcurso de la vida conocida y perdida. Desierto todo, todo como el primer día que pisé tu calle apagada, tu templo dormido.

Plasencia, diciembre 1979

Pero todavía seguimos dejándonos atraer. Te imaginé, Elisa, Ana, ¡qué importan los nombres!, dos veces en lo concreto de vuestros cuerpos desilusiones. Durante algún tiempo me abracé a mis fantasmas. En vuestros cuerpos nos dejamos. Y comencé nuestra vereda, nuestra únicamente. Volveré a sentirte en sus cuerpos desilusiones, mis fantasmas. Quizás un siempre, un nunca. Pero algún día me tendrás, nos tendremos y seremos un caballito de mar.

Plasencia, marzo 1980

Me duelen las carnes cual el camino al anciano. Viejos recuerdos. Y notifico en el espejo los cambios de mi rostro. Todo camina, de mis ojos y dedos, todo sigue. Pero todavía amo con la inocencia cristalina de los quince años, todavía siento el vértigo de tener tus pechos cerca, de asir con locura de fuego, cabellos soñados. Cual el camino al anciano los años de cicatrices, de ilusiones, mano a mano jugueteando, alternativas quizás. De navajazos, boquetes largos: como labios de mujer, ¿verdad? Me veo cual el camino al anciano. ¿Nunca, jamás? Me duelen, ya mi rostro maduro de hombre, los años, y yo, belleza, ente abstracto, cual niño, te amo.

Plasencia, mayo 1980

Conocer es el dolor. Conocer y saber la destrucción que espera en la esquina del tiempo. Es una realidad palpable, una realidad cruda, como un pez nadando en la mar. Lenta angustia es la conciencia.

Madrid, septiembre 1980

La guitarra, recuerdos de aquella muchacha que amaba solo yo. Como siempre pienso que el amor es amarga vivencia unívoca. Se ha callado, ya no canta, ya no se lleva en mis momentos suicidas las ganas de dormir, de coger las píldoras de la caja roja que hacer dormir muchas largas horas y dejarla vacía. Está llena. Mañana, hoy, siempre he de quererte, solo yo: ser nada.

Toledo, febrero 1983

Naces para mí un día. Tu rostro cantarín, raro,
penetra en mí, sangrante, cantando, alza, renace.
Llueve en la luz del ocaso. Mueres para mí un día.
Tu rostro cantarín, raro, escapa de mí, sangrante,
gritando, muere, cae. Aguacero de muerte.

Mira, al final, la vida, no es más que un grito
amargo. La luz, las tinieblas, llueve. Sí, casi siempre,
el agua cae en la luz del ocaso.

Toledo, marzo 1983

Llámale, mi amor. Que te diga que te ama, que te llore, que te impute la Gran Injusticia, que te mienta confesando que por ti él ha colgado los hábitos.

Llámale, mi amor. Que te taladre el corazón con esa farsa, con ese fingimiento improcedente, que la incertidumbre te inunde y no sepas qué hacer.

Llámale, mi amor. Que su debilidad te apuñale, que te haga llorar, que, animado por ello, objete algo en nuestro día.

Llámale, mi amor. Que su incertidumbre te contagie, que; que en mi amor, hoy, hay un charco que teñir de rojo.

Toledo, abril 1983

¡Qué frágil en la tormenta estos troncos de pasión! ¡Cuán poderosa la inmensa marea del desamor! Con esta flecha clavada, con esta flecha de amor, naufrago, sí, de la amarga barca de la sinrazón. Naufrago de la mañana gris y preñada del horror de la guerra. Enemigo de la incomunicación. Enamorados estamos, náufragos, sobre la balsa de ilusiones que en nuestras almas, tú, Cupido, has creado.

Toledo, mayo 1983

¿Será tarde ya el viernes? Lo presiento. Siempre estás tú, distancia, cual la sierpe, con el veneno en la boca. ¿Será tarde? ¡Lo será! Vindrás tú, absurdo en boga, razón, prejuicios, la nieve manchada de sangre. Y el deseo de acabar, otra vez.

Toledo, mayo 1983

Es un descanso saberte como yo ante el espejo,
mirando la sonrisa fantasma que deforma la realidad siempre teñida de rojo. Es una fresa la boca que nos besa y marea. ¡Y también en la niebla, si lleva en la mirada esa verdad fresca que llena, los cuerpos! Dulce descanso. La dicha nos rodea.

Toledo, julio 1983

Y aunque ella estaba presente, Tú, distancia, viniste primero. Y el viejo puñal de siempre, la tristeza, luego, con su amiga la inquietud. Y no supe qué hacer. Y finalmente el rojo tormento de sentirse maniatado. Escapar era imposible, aún estando tú presente. Elia, me poseyó el miedo y la angustia. Apagaron mi rostro. Pero la mayor herida, mi amor, fue el fulgor de tus ojos. Elia, vi cual en la imagen de un espejo convexo, la sombra terrible de este pájaro vestido de negro y desesperación.

Toledo, abril 1984

El actor fácil representa, y el total siente e interpreta. El cantor canta canciones, y el total rompe corazones. Al final, solo el recuerdo dejará señas de la lucha, mostrará nítida y pura la verdad dura: sufrimiento.

Al final, de ellos, las cenizas. Al final, de ellos, la memoria inmortal: sangre en mi vida.

Escribirme es el objetivo, y dejar gotas de dolor en el papel blanco, mi camino.

Toledo, septiembre 1984

El infundio lo atrapa, si consiente, si lo tapa. Su madre caminaba encorvada, temblando sobre la nieve, la noche santa. En la casa, puta consumada. Temblaba su nobleza desgajada; y todo, por su culpa, por su hijo, por usted, vosotros ávidos lectores. Carcajada lector o basura. En los ojos, prendida la amargura. Lector de tortura, no se acaba aquí. La triste pluma quisiera rojas contemplar sus almas, y rotas las entrañas, y en la boca un hilo descompuesto de esa poca, escasa sangre. Y en las manos, en las palmas, los clavos perforando. ¿Tanta mesa, injustos, para nada? ¡Tantos palaфrenes, modestias, ritos! Si la llevas presa, llamando, la dulzura, y no te avienes. En su mirada pura, destellos de alegría, colores. ¿No tendría un gesto? ¡Qué locura! Le morderá algún día, amigo la cordura, los gritos de agua fría sobre ella. Amargura. Quemadas las palabras, en silencio, cansados. La flecha del recuerdo, rasgándonos, llevamos. Recuerdos de dulzura, que los prefiero. Asido a tu cintura, que así no quiero. De dolor recuerdos en la mente llevo. Se atraviesan, no me dejan. ¿Ves que quiero y no puedo? De la penumbra, lleno estarás, y en la garganta siempre, anudada, percibirás la cuerda que tu ira teje. Rómpela. Y verás que el día luz distinta toma, y en la noche clara, cómo está y asoma la nueva luna, cómo la maroma no existe. Lleno sí, de luz y aroma. Está el alma en el hedor, desea sangre alrededor, presiente herida: satisfecho. El tiempo pasa y en el pecho de negra noche el resplandor. Estás sereno, cansado, dormido. Lucha

gloriosa. El beso pronto del amado, la boca fresa,
la rosa. Blancura sobre el costado. El verso tosco,
no, amigos, no lo quiero, que es malvado. ¿Acaso
loco? No, siempre, lo he amado.

Toledo, enero 1.985

Desde los días oscuros, desde el papel que te sostiene en el pasado, vienes hasta el presente. Conjuros para que ellas no lleguen. Como asomada tu alma a la ventana parece. Y el corazón enloquece de la dulzura. Palabras para que ellas no lleguen. Una sonrisa serena sobre los labios me ofreces. Y a mi recuerdo que tienes diecinueve. Verbena para que ellas no lleguen. Y los dolores se yerguen, y me aterran los mundos que entre los dos aparecen. Y el temblor me aprisiona, y en las lágrimas muere la sensación. Me enamoras, desde los días oscuros, desde el papel que te sostiene.

Toledo, febrero 1985

Ella sufría de ojeras y en la pupila llevaba un brillo de copa amarga y de soledad añeja, un llanto y una amalgama de deseos y de penas. Ella, amigos, deseaba poder llegar a olvidar y con dejarse arrastrar por la música soñaba. Imaginar que la vida aún tenía sentido, que no era tarde, que podría encontrar aquel destino que de niña un día.

Carnaval.

Y ella dejando que solo sea deleite de la mirada la noche de ilusiones llena. Una sirena con capa de corales y de perlas, un bufón que siempre se le escapa a la gata que lleva en la cabeza de plata y oro una estrella.

Y yo, amigos, cumpleaños preñado de alegría, y ella, amigos, que quería volver atrás y en sus manos poder tener la esperanza y cruzar al fin la reja de la prisión que la atrapa.

Ella era una vieja, sí, una vieja borracha.

Toledo, diciembre 1985

De tres paredes empapeladas de primaveras y una luna convexa, la habitación. Estaba, incluso relajado me sentía, bien. Sobre la tierra reseca y al otro lado del cristal, una nube de polvo levantaba la multitud. Bailaban, cantaban, gritaban, se peleaban entre sí como lo habían hecho siempre, ajenos a la realidad que los domina. Mi padre y mi madre, en primer plano, sostenían una discusión trivial pero enconada. Un poquito de atención, en los minutos que ha tardado mi cigarrillo en consumirse, reconozco que les he prestado; pero lo más, lo que más me ha sellado el alma ha sido el rojo sol del atardecer. Iba tiñendo de púrpura el horizonte a medida que moría, y los árboles secos iban tomando aspecto de sombras en la penumbra. Finalmente ha oscurecido. Ni una estrella en el cielo. Oyendo solo el recuerdo, me he vuelto, como si todo hubiera desaparecido.

—¿Qué hora es?

No has dicho nada, ni te has movido. Has seguido quieta como una estatua de cera. Me he sentado a la vieja camilla, por ello, a escribir. La atmósfera se ha ido enrareciendo. El tecleo de la máquina de escribir era como la eterna sinfonía de la mar. La he oído y he podido olerla. He visto, pero al otro lado de la luna, las gaviotas. Imposible, de noche, las gaviotas. Luego, en un momento indefinido, te has levantado para ver la oscuridad, dándome la espalda. Tu cuerpo se dejaba transparentar por entre la seda del camisón blanco.

—Es hermosa.

He vuelto a escribir, temiendo lo peor, sintiendo la quietud erguirse entre los dos como una riada imparable, también ha empezado a pintarse la sinrazón. Al final, la sensación de haberlo vivido ya todo.

El cuarto, cuando tú comenzaste a desnaturalizarte, se llenó de gritos. Quizás solo sea yo, el ahogo contenido. Y, recuerdo también, que el cielo estalló en un sin fin de latigazos de fuego. Se deja ver la lluvia espesa, de gruesas gotas. Dos lágrimas se deslizaban por mis mejillas. La cuerda apretando fuerte el cuello. Te volviste y solo tenías ojos, esos tristes de siempre. No decías nada. Me mirabas fijamente, quizás intentando vestirme de seda amarilla. Cuando ya eras solamente una sombra, a caballo entre este y el otro lado, yo te llamé.

Y, por un momento, pareció que nada iba a ocurrir. Fueron los últimos segundos de felicidad.

Textos sin fecha

1

Un poema, la pintura de los que llevamos dentro: amor, odio, sentimiento.

2

Salvando distancias, senda; sí, San Juan de la Cruz. Muerte para que no mueras una muerte de ataúd. Luces blancas, verdaderas, luces que atrapan la luz que no se ve. Que lo sepas, que lo sepas. Y es que tú no entiendes que eres sirena presa en los mares del sur.

3

¿Por qué mis ojos no ven lo que hay al otro lado? ¿Por qué el oído también, y el tacto, y el gusto en su implícito desdén, nada dicen de este fruto que en mi alma ha germinado? ¿Por qué la vida es un tren en una estación parado que a la espera de que den su salida, su disgusto va pintando en el arcén mil recuerdos del difuso primer pueblo añorado? Misericordioso sé, Señor, que te he buscado. Anula los sentidos y ven a mi alma. A mi adusto espíritu da sostén, que caminando en lo oscuro, que por Ti está suspirando.